

Cómo citar algunos nombres de ciudades y personas

JOSÉ MARÍA BECERRA HIRALDO
CATEDRÁTICO DE LENGUA ESPAÑOLA

Hay algunas formas de exagerar que se basan en comparaciones y alusiones a ciudades. Más chistoso que los de Lepe. Más bruto que los de Fernán Núñez.

Una ciudad es feliz si tiene un calificativo adulatorio como: Málaga, la bella. Córdoba, la sultana. Cádiz, tacita de plata. Plateado Jaén. México, lindo y querido. Guadalajara, en un llano. Roma, la ciudad eterna.

Algunas ciudades se mencionan por algún hecho gracioso o desgraciado. Salga el sol por Antequera. Arroyo del Cabrón en Zamora. Casas del infierno en Murcia. Granada, la tierra de la malafollá, la tierra del chavico. Una vieja y un viejo van pa Albacete. De Lorca a Totana me cargo a tu hermana. Barcelona es bona si la bolsa sona. Teruel es utilizada como nombre de ciudad sin sustancia; de ahí que no sobrelleven bien el hecho y respondan que 'Teruel también existe'. Quien fue a Sevilla perdió su silla, compensado por lo de 'quien fue a Morón perdió el sillón'. Viva Cartagena. España cañí. Más sonado que la campana de Huesca. Ancha es Castilla. A Zaragoza, o al charco. Naranjas de la China. Ir en el coche de San Fernando. Más se perdió en Cuba. No se conquistó Zamora en una hora. Darse el abrazo de Vergara. Ahora la bien cercada. Todos los caminos llevan a Roma. Roma no se hizo en un día. Mentando Roma por la puerta asoma. Remover Roma con Santiago.

Hay algunas formas de exagerar que se basan en comparaciones y alusiones a ciudades. Más chistoso que los de Lepe. Más bruto que los de Fernán Núñez. Más catetos que los de Maracena. Más bastos que los de Motril. Más exagerados que los de Bilbao.

Algunos personajes famosos están vinculados mal que bien a algunos pueblos: El enfermo de Rute. El sastre del Campillo, que ponía la tela y encima ponía el hilo. El sordico de La Mora. El bobo de Coria. Ser como los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él. Como los novios de Hornachuelos. Tener un tío en Granada o en América, que ni tienes tío ni tienes na. Quedar peor que el Cordobés en Pamplona, que Gagancho en Almagro. Quedarse como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando. Reventar como el lagarto de Jaén.

A veces aludimos a ciudades para indicar estados de ánimo: Estar en Las Batuecas 'despistado'. Estar entre Pinto y Valdemoro 'borracho'. Salir de Málaga y entrar en Malagón. Salir de Guatemala y entrar en Guatepeor. En los dos casos se indica que 'el cambio de las cosas puede empeorarlas'. Estar en Babia 'distráido' o 'tonto', como el que cogió una escalera para segar. Todos a una, como los de Fuenteovejuna para indicar 'espíritu solidario'. Se fue por los cerros de Úbeda, divagar en una exposición. Ponerle mirando para Cuenca es 'abusar de alguien'. Estar de Miranda de Ebro significa 'no trabajar'. Tardar más que la obra de El Escorial para designar 'algo lento'. Quedarse a la luna de Valencia, llegar tarde. Los últimos de Filipinas 'los que más resisten en un empeño'.

Ya quisieran algunas ciudades ser como Ronda con su 'tajo', como Segovia con su 'acueducto', como Burgos, León y Toledo,



por sus 'catedrales'. Como Granada con su 'alhambra'. Como Loja por su tren 'el corto', que tenía pocos vagones y tardaba muchísimo. A esto conviene también el tren botijo de Vélez Málaga, que en marcha daba tiempo a llenar el botijo.

Los municipios luchan por tener un producto característico; así se conocen los pimientos de Padrón, la cecina de León, los langostinos de Huelva, la manzanilla de Sanlúcar, la morcilla de Burgos, el queso de La Mancha, el cocido madrileño de tres vuelcos, la carne membrillo de Puente Genil, el jamón de Jabu-

go, las cerezas del Jerte, los boquerones victorianos del Rincón de la Victoria, la ensaladilla rusa, el gazpacho andaluz, el turrón de Jijona y Alicante, los mantecados de Estepa, la fabada de Asturias. Los municipios también luchan por vincularse a un plato típico cocinado a su manera: el pulpo a la gallega, los riñones al jerez, el bacalao a la vizcaína, las patatas a la riojana, la tortilla del Sacromonte, la porra antequerana, el rabo de toro cordobés.

Hay pueblos que son famosos por sus dichos: Formarse la de san Quintín para indicar que hubo riña; como sucede también en montar la de Mazagatos, en la provincia de Segovia. Tomar las de Villadiego para indicar que alguien 'se alejó del problema'. Arder Troya para indicar que 'se formó un follón en algún sitio'. Écija es famosa por el dicho: "Los siete niños de Écija, ni eran siete, ni eran niños, ni eran de Écija"; eran bandoleros que se enfrentaron a las huestes de Napoleón a primeros del siglo XIX; tenían la habilidad de multiplicarse; eran de Écija y sus contornos. Las ciudades de las tres mentiras son: Villanueva del Arzobispo en Jaén, que ni es villa ni es nueva ni es del arzobispo; Villanueva de las altas torres en Granada, que no es villa ni es nueva ni tiene altas las torres; Santillana del Mar en Cantabria, que no es santa ni es llana ni está junto al mar. Viva Cartagena para indicar 'rebeldía de los pequeños y sus cantones'. Aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid indica 'mentar cosas que no viene a cuento'.

Algunas ciudades tienen un nombre feo; nadie quiere ser de Jódar, Guarromán, La Mamola, Villapene, Tocón, El Mustio, Arroyo de San Serván en Badajoz o Arroyo del Ojanco en Jaén; ni en el extranjero vivir en Kagar junto a Repente o Condom; recuérdese los cambios de nombre: La Asquerosa por Valderrubio, Trará por Lecrín, Fuente Victoria por Pesidio, en Granada. Poclilgas, en Salamanca, cambió su nombre por Buenavista por la panorámica de la sierra de Gredos que tiene el pueblo y Barba del Puerco (Salamanca) se convirtió en Puerto Seguro. Villar del Puerco (Salamanca) se convirtió en Villar de Argañán. Sacaos, en León, decidió adoptar el de Santiago de la Valduerna. Alija de los Melones prefirió el de Alija del Infantado y Chozas, en Madrid, votó pasar a denominarse Soto del Real; como en el siglo XVII. Porquerizas se convirtió en Miraflores de la Sierra, después de que Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, dijera supuestamente aquel «mira, ¡florès!» cuando descansó en aquel lugar camino hacia el monasterio del Paular.

Algunos nombres de persona también nos resultan feos en apariencia, aparte de su significado primitivo que puede ser maravilloso. Oímos nombres como Arduino, Anacleto, Blesina, Canuta, Celedonio, Idalia, Mamerta, Melecia, Ufa, Cristeto; ¿quién se puede imaginar que Anacleto signifique 'invocado'? Sentimos cierto rechazo; nos resultan a veces más feos los nombres de mujer que los de hombres: Sisebuta, Isobata, Sebastiana, Paca por Paquita.

El final del verano

EMILIO DE SANTIAGO

Legados estos días, pareciera que aún resuena en mis oídos aquella pegadiza musiquilla que un conocido dúo de la década de los 60 cantaba con visible dinamismo. Pues sí, la casi asfixiante estación meteorológica que hemos sufrido con paciencia oriental levanta el vuelo y se aleja confundida entre las bandadas de aves migratorias que buscan los trópicos. Atrás queda la tórrida huella de su lento caminar barométrico.

El que se acaba ha sido un verano terrible. En ocasiones, el calor me desesperaba, tanto que hubo momentos en que hubiese querido exiliarme en la cara oculta de la luna. Tengo idea de que será un lugar fresco, aunque, eso sí, no muy divertido. De hace unos años acá, no aguantan los veranos caliginosos ni cuanto generan en su entorno bajo la especie de formidable agobio generalizado. Se me antoja que suscitan

cierta interrupción de las rutinas cotidianas a las que estoy ya tan hecho. Ignoro, asimismo, por qué extraña razón terminan cambiando absolutamente el ritmo de mi quehacer, de mi habitual dinámica de trabajo. ¿Será, quizá, porque ralentizo ideas y movimientos tal que si la prisa fuese incompatible con las elevadas temperaturas estivales? Puede. Algo debe haber de verdad en eso. Embotadas han estado mis torpes entendederas por mor de la canícula veraniega, de igual suerte que, a la sazón, lo están las de la recua de políticos con revenidas ideologías populistas o con bellacas ambigüedades tácticas electorales o con

truculenta épica nacionalista para párvulos. En fin, se alteró el calmoso existir de que gozo desde este gozne de la vejez que friso.

Ahora, se respira —empiezo yo a respirarlo al menos— cierto alivio cuando se atisba, lejano todavía, el sereno amarillo de un soñado otoño «con caracolas, uva de niebla y montes agrupados». Qué bella manera de consagrarlo tuvo Federico. Qué sugerentes las líricas palabras del poeta dedicadas a estación tan hermosa del año. Septiembre, era el mes en que, no hace mucho, me parecía recomenzar todo llenándome de ilusionados proyectos... En modo alguno, quisiera que esta enconada

tirria que gasto con el calor del verano, por otra parte absolutamente natural, pudiera interpretarse como una aproximación a catastrofismos, más o menos científicos. Los llamados: efecto invernadero, cambio climático, Ártico derritiéndose, calentamiento global y otras quincallas de espantos —ciertamente, bastante cuestionados por los expertos— que el ecologismo coñazo plantea con aguda tozudez. Incluso rozando el cansino empacho.

Personalmente, no caigo en esas apocalípticas derivas como cabe imaginar. Mis quejas tienen empírico fundamento, nunca son alarmistas gabinas de cochero. Digamos que prefiero el fresco y lluvioso Norte al cálido y soleado Sur. Mi natural, repito, es más propenso a lo norteño verdeante que a este secaral africano. Qué se le va a hacer, rarezas que tiene uno. Por más que haya de conformarme forzosamente con lo

que hay. No tengo posible alternativa.

Bien, en resumidas cuentas, un verano más para sumar a los numerosos con que cuenta ya mi modesta biografía. Pasará al montón del pasado, como otros de los que aún conservo memoria. Lo he superado con adecuada dosis de industria. O sea, refugiándome en mi bien climatizado estudio con el infalible remedio de la lectura y el no menor lenitivo de la música. Mis dos reconocidas pasiones perpetuas e irrenunciables. "Deportes" favoritos de mi sedentaria vida de andariego retirado. No encontré mejor amparo contra la flama agostiza tan demasíadamente inhabitual como la de hogaño.

Sé bien que poco valen lamentaciones estériles. Hasta puede que la cosa no haya resultado un total desbarajuste climático, pues que no creo haber malgastado con él mi más preciado tesoro: el tiempo.